

CARTA DOMINICAL

9 DE JUNIO DE 2019

ECO DE LA PALABRA

La nueva Iglesia (VII). Apóstoles

La armonía y la belleza de la nueva Iglesia, el Pueblo de Dios que nace del Resucitado, no surge y pervive en el tiempo como caída del cielo o por generación espontánea.

No han faltado en la historia, y no faltan hoy, quienes soñaron y sueñan con una Iglesia sin institución, es decir, sin responsabilidades estables, sin encargos o misiones específicas otorgadas por el mismo Jesucristo. Así ocurrió en la Baja Edad Media con los movimientos espiritualistas (“fraticelli”) o a finales del siglo XIX con la crítica racionalista (Loisy: “Jesús predicó el Reino, pero nació una Iglesia”). La buena voluntad que casi siempre ha movido en sus inicios a todos los que así han pensado, queriendo evitar los abusos de poder contrarios al Evangelio, acababa en radicalismos, lejos de la realidad del mismo Jesús y de la historia. Ésta, la historia, siempre confirmó aquel sabio slogan: “Donde no manda un responsable, manda un vanidoso”

Esto, y mucho más, pensó Jesús cuando eligió a Doce de sus Discípulos para constituirlos Apóstoles al servicio de todo el Pueblo (cf. *Mc* 3,13-18). No es que Jesús pensara en “organizar” un grupo como quien estructura un partido o un equipo de trabajo. Sin duda, por otros textos del Nuevo Testamento, sabemos que Jesús deseaba que los Apóstoles fuesen servidores, testigos y garantes de la comunión a lo largo del tiempo.

Hoy, cuando los sucesores de los Apóstoles no gozan de buena prensa y algunos parece que han de pedir perdón por existir, se nos presenta la imagen de la Nueva Iglesia como ciudad bien asentada sobre piedras preciosas, que son precisamente los Apóstoles:

“Las piedras que cimentaban la muralla estaban adornadas con toda clase de piedras preciosas: la primera con jaspes, la segunda

con zafiro, la tercera con ágata, la cuarta con esmeralda, la quinta con ónice... y la duodécima con amatista” (*Ap* 21,19-20)

Apóstoles somos todos los bautizados. Pero el grupo de los Doce recibieron una misión específica. Eran como el primer eslabón de una inmensa cadena que debía atravesar los siglos y los espacios, para asegurar el vínculo con Jesucristo y la unidad de los cristianos. El fundamento principal y único sigue siendo Jesucristo, pero unidos a Él se levantaron los Doce Apóstoles, como cimientos firmes y brillantes, como piedras preciosas: su palabra y su vida fueron garantía de la verdadera Iglesia de Cristo.

Ellos eligieron e impusieron las manos a otros cristianos para que continuaran su misión. A lo largo de la historia estos sucesores de los Apóstoles no siempre brillaron como piedras preciosas, pero la ciudad, la Iglesia, siguió firme, porque el fundamento principal, la piedra angular, Jesucristo, se mantuvo inmovible y nunca faltaron dignos sucesores a su servicio.

Por otra parte, la belleza y el brillo de los cimientos no siempre son reconocidos por los ojos de la gente. El mundo busca otros resplandores. El servicio apostólico de los ministros ordenados en la Iglesia, por voluntad expresa de Jesús, son todo lo contrario de “amos, dirigentes o gobernantes”; sirven más y mejor cuanto más se entregan a sí mismos como el Buen Pastor.

También en ellos se realiza aquel principio que nos enseñó Jesús: “Dios Padre siempre eligió el poder de los débiles para salvar el mundo”.